

Sobre «La miseria del mundo» de Pierre Bourdieu: un análisis de las consecuencias sociales de la globalización económica en el primer mundo

Juan Carlos PÉREZ MEDINA

Diplomado en Trabajo Social y Licenciado en Antropología
Profesor de Secundaria de la especialidad de Intervención Sociocomunitaria
jcperezmedina@hotmail.com

Recibido: 14 marzo 2006

Aceptado: 31 marzo 2006

RESUMEN

Pierre Bourdieu (1930-2002), sociólogo francés, cuya obra ha gozado de una importante influencia tanto en la teoría sociológica como en la arena política y social, publica en 1993 *La miseria del mundo*. Junto a un equipo de colaboradores, entre los que se encuentran sociólogos como Loïc Wacquant o Patrick Champagne, Bourdieu nos muestra una importante recopilación de entrevistas en profundidad realizadas a una gran diversidad de sujetos sociales. En éstas analiza las repercusiones que provocan en sus vidas la nueva coyuntura económica y sociopolítica. *La miseria del mundo* trata de desenmascarar las relaciones estructurales que subyacen en diferentes situaciones «de miseria social» y que se encarnan en la vida cotidiana de miles de ciudadanos en los diferentes órdenes del panorama social de la Francia de los 90. Por sus páginas aparecen jóvenes de suburbios, obreros prejubilados, educadores y trabajadores sociales, inmigrantes de diferentes generaciones, policías, jueces, empresarios... No es un retrato de la «gran miseria», sino de los «lugares difíciles» donde, como el médico ante la enfermedad, el sociólogo debe ir más allá de los «síntomas» que se muestran en los medios de comunicación o el discurso político para rastrear las auténticas relaciones dialécticas que subyacen, haciendo visible lo invisible en una tarea de implicación del científico social en el mundo en que vive. Pierre Bourdieu es uno de los científicos sociales que más se destacó en la arena política, sobre todo en la última etapa de su vida pública, en un intento de poner sus análisis teóricos al servicio de la problemática social de su tiempo. Sus análisis siguen gozando de una gran vigencia para situaciones de actualidad como los disturbios acaecidos en los suburbios franceses el pasado otoño.

Palabras clave: campo social, capital simbólico, descomposición social, integración social, miseria, política neoliberal, reproducción social, servicios sociales, violencia estructural y simbólica.

On «The poverty of the world» by Pierre Bourdieu»: an analysis of the social consequences of economic globalization in the first world

ABSTRACT

Pierre Bourdieu (1932-2002), French sociologist whose work has important influence both on sociological theory and in social and political arenas, published «Poverty in the World» in 1993. Together with

a team of collaborators, among whom are sociologists like Loïc Wacquant or Patrick Champagne, Bourdieu shows us an important compilation of in-depth interviews conducted with a broad spectrum of individuals. In these interviews, he studies the repercussions of the new economic and socio-political situation on their lives. «Poverty in the World» seeks to reveal the structural relationships underlying different situations of «social poverty», which form part of the daily life of thousands of ordinary citizens at different social levels in France in the nineties. Within their pages appear suburban youth, workers who retired early, teachers and social workers, immigrants of different generations, police officers, magistrates, businessmen... It is not a portrait of «dire poverty», but rather the «difficult places» where, like the doctor confronting illness, the sociologist must go beyond the «symptoms» shown by the mass media or political discourse to make inquiries about the underlying authentic dialectic relationships, making visible the invisible in a consequential work of the social scientist in the world in which he lives. Pierre Bourdieu is one of the social scientists who most stood out in the political arena, especially in the last phase of his public life, where he sought to place his theoretical analyses at the service of the social problems of his day. His analyses continue being valid in contemporary situations, such as the riots that took place in the French slums last autumn.

Key words: social camp, symbolic capital, social decay, social insertion, poverty, neo-liberal policy, social reproduction, social services, symbolic and structural violence.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Recorrido por las diferentes miserias. 3. La miseria de la política social. 4. La crisis de la clase obrera. 5. La miseria de la escuela. 6. Conclusión. 7. Bibliografía.

1. INTRODUCCIÓN

Los recientes acontecimientos surgidos en Francia en el otoño del 2005 con la explosión de protestas en los suburbios, centrados en la quema de vehículos por parte de jóvenes de ascendencia inmigrante en su mayoría, ha provocado un profundo debate sobre el modelo de integración social francés y los problemas de estos barrios.

Esta espiral violenta que surgió a partir de una protesta por la actuación policial en una persecución a un joven que terminó con la muerte de éste en la huida, fue extendiéndose por muchas de las «cités» o «banlieus» de las principales ciudades francesas.

A partir de este suceso se han escrito multitud de artículos y se han producido múltiples declaraciones de expertos y políticos. Sin embargo, aunque el estallido de violencia remitió, los problemas que lo generaron posiblemente continúan latentes. Y las preguntas y los interrogantes siguen planeando en el aire: ¿Se repetirán de nuevo con una violencia quizá más enrarecida? ¿La situación española es similar a la francesa y por efecto mimético se reproducirán en nuestro país fenómenos semejantes? ¿Qué significado oculto se esconde detrás de estas acciones aparentemente expresivas y sin ninguna demanda específica? ¿Qué medidas políticas y sociales son necesarias para prevenir situaciones similares en un futuro?

Como en todo hecho social confluye una variedad de factores no siempre coherentes entre sí. En estos sucesos podemos detectar factores como la realidad social de estos barrios, contruidos casi como auténticos guetos en los márgenes de

las grandes ciudades; situaciones de desencanto social con ausencia de expectativas claras de integración laboral de las generaciones jóvenes de origen inmigrante; el problema de las segundas o terceras generaciones cuyos jóvenes, siendo franceses, no encuentran el encaje social adecuado como lo encontraron sus padres y abuelos al llegar; situaciones anómicas de regulación de valores con consecuencias en la identidad sociocultural de estas generaciones; las políticas sociales y económicas en relación con los procesos de globalización económica; la violencia como conducta expresiva o la influencia de las nuevas tecnologías como los móviles e Internet que permiten, entre otras, nuevas formas de acción colectiva.

Con todo, el contexto social de estos sucesos pone de actualidad las denuncias y las tesis de autores de las ciencias sociales que ya desde hace algunos años vienen señalando las consecuencias socioculturales de las nuevas políticas neoliberales que se derivan de los procesos de globalización.

Repasando la obra de Pierre Bourdieu, parecería que algunas de sus tesis, a la vista de los acontecimientos arriba comentados, adquieren cierto carácter profético. No obstante, profecías o no al margen, lo cierto es que la obra del sociólogo francés sigue manteniendo una extraordinaria vigencia en la comprensión de muchos de los fenómenos sociales recientes.

La miseria del mundo (1993), obra que vamos a comentar en este artículo, supone un magistral estudio de las problemáticas sociales que Bourdieu y su equipo llevaron a cabo a principio de los 90. En ella podemos encontrar claves que pueden ayudar a analizar desde una perspectiva más completa sucesos como el referido.

Patrick Champagne, colaborador de Bourdieu, desarrolla en esta obra un análisis crítico a la visión de los medios de comunicación sobre los acontecimientos de violencia en los barrios. Más adelante comentaremos algo más detalladamente su análisis, sin embargo, baste leer el siguiente extracto de su artículo para observar una sorprendente actualidad en su escrito:

El desarrollo económico y la generalización de las cadenas de distribución desde hace unos veinte años tuvieron como efecto poner al alcance de la mano una cantidad considerable de bienes de consumo (...) No hay duda de que el desfase que tiende a producirse en los jóvenes desocupados entre las ganas de consumir y los ingresos disponibles nunca fue tan grande como hoy. Por ello se explica, tal vez, que los centros comerciales, de acuerdo con la lógica del doble golpe, sean uno de los blancos privilegiados del accionar violento de los jóvenes de estas urbanizaciones: verdaderos símbolos de una sociedad de consumo que los excluye, los destruye y saquea, y al mismo tiempo hacen grandes incursiones que no dejan de reportarles beneficios materiales. Así se explica también el hecho de que los autos sufran robos, hurtos o incendios constantes: en efecto, para esos jóvenes el automóvil representa el bien de consumo por excelencia (...) Simboliza el éxito y la integración al mercado laboral, y en general es su pri-

mera compra cuando encuentran un trabajo estable y logran instalarse (P. Champagne: «La visión mediática», en Bourdieu 1993: 62).

A continuación muestra P. Champagne a estos jóvenes como víctimas de una violencia estructural. Esta será una de las tesis de Bourdieu y su equipo, que aunque al principio pueda sorprendernos, debe al menos hacernos reflexionar.

las violencias espectaculares que constituyen la «primera plana» de los medios ocultan las pequeñas violencias corrientes que se ejercen permanentemente sobre todos los habitantes de esos barrios, incluidos los delincuentes juveniles que también son víctimas: la violencia que éstos ejercen no es más que una respuesta a las violencias más invisibles que sufren desde su primera infancia, en la escuela, el mercado laboral, el mercado sexual, etc. Pero se comprende también que los «pobres blancos» de esos suburbios, que reivindicaban su condición de «franceses de estirpe» y se consideran «en su casa», se vean particularmente superados por los constantes trastornos de vecindad provocados por esos hijos de la inmigración. ¿Cómo no habrían de suscitar indignaciones fáciles de explotar esos conflictos incesantes que desembocan a veces en dramas y terminan por alimentar la crónica de las noticias misceláneas? (P. Champagne: «La visión mediática», en Bourdieu 1993:63).

Y como si de auténtico llamamiento profético se tratase, las palabras de otro de los colaboradores de Bourdieu, el sociólogo Loïc Wacquant resuenan con sorprendente significado y actualidad.

Francia no es Estados Unidos. Las urbanizaciones de los suburbios en decadencia no son guetos en el sentido que asume esta noción en el contexto norteamericano. La descomposición de las zonas obreras de Francia obedece a una lógica que le es propia, conforme a su historia y las coacciones de un marco institucional y estatal muy diferente. La discriminación, la violencia, la pobreza y el aislamiento social distan de experimentar aquí la misma intensidad y amplitud que en el «inner city» norteamericana. No por ello es menos cierto que más allá de las diferencias flagrantes de niveles y estructura, la inclinación de la evolución de las desigualdades urbanas en Francia durante la última década, tiende a crear en último término, las condiciones propicias para un acercamiento. Y si en su miopía tecnocrática y su fijación fascinada en el rendimiento financiero a corto plazo las élites dirigentes francesas, tanto de izquierda como de derecha, persisten en la política neoliberal de reducción del sector público y «mercantilización» rampante de las relaciones sociales que hicieron propia desde mediados de los años setenta, no debería excluirse lo peor: La utopía negativa, lejana y pavorosa podría convertirse en realidad» (L. Wacquant: De Norteamérica como utopía al revés, en Bourdieu 1993: 132).

En este trabajo, Bourdieu se retira a un segundo plano y deja la palabra a los sujetos. Aunque introduce él o alguno de los autores un comentario teórico previo a cada bloque de entrevistas, que configuran cierto hilo conductor, son realmente los hombres y mujeres entrevistados quienes adquieren el protagonismo. En ella se percibe especialmente la dimensión de la implicación sociopolítica del sociólogo. Patrice Bonnewitz en su análisis sobre el autor en *Pierre Bourdieu, vie, oeuvres et concepts* (2002) dedica un apartado a este aspecto: *El uso social de la sociología: una ciencia liberadora*.

Señala este autor que para Bourdieu se trata de escapar de la alternativa entre ciencia neutra e ideología política. El sociólogo debe evitar la tentación de profetismo, esto es, de pretender encontrar la solución a los problemas sociales; y también alerta ante el riesgo, con la profesionalización de la sociología, de dejarse llevar por la demanda social y convertirse en prisionera de los juegos políticos sometiéndose a las estrategias de dominación directas o indirectas. La sociología debe permitir el desvelamiento de las estrategias de dominación.

El campo político es un campo de producción simbólica en el que los agentes se entregan a una lucha por imponer las categorías de visión y de división del mundo social, de producción de sentido común y donde el Estado dispone del monopolio de la definición legítima del mundo social y, por lo tanto, de la violencia simbólica legítima que permite asegurar la dominación de los dominantes incluso por instrumentos que se niegan a sí mismos dicha dominación.

Es por lo tanto, describiendo el campo social, espacio conflictivo en el cual los agentes dominantes reproducen su dominación. Así el sociólogo se abandona a una doble tarea: un trabajo científico pero al mismo tiempo un trabajo con implicaciones políticas en la medida que desafía a los agentes sociales que concurren a mantener el orden existente. Y donde la sociología puede contribuir a una acción emancipadora: aportando instrumentos de comprensión del mundo social que permitan a los agentes sociales luchar contra las formas de dominación. La sociología puede ser un contrapoder garante de la democracia: frente a la violencia simbólica ella opone una contraviolencia simbólica.

Desde esta perspectiva se asoma Bourdieu al mundo social en *La miseria del mundo*. En un intento de bosquejar las miserias cotidianas de una gran diversidad de personas o de actores sociales en la Francia de los 90, pretende reflejar las estructuras de dominación que se presentan. No se trata de una denuncia de «grandes miserias». En el libro no vemos reflejados situaciones de excluidos sociales sin posibilidad de acceso a una mínima satisfacción de necesidades básicas; no es el espacio de la gran pobreza o marginación social. Se trata de algo más sutil, de «pequeñas miserias», de la vida cotidiana de muchas personas pertenecientes a diferentes franjas sociales, con sus dificultades, luchas, esperanzas y desilusiones. De la vida de tantas personas que se mueven en el límite, en la frontera, en espacios que el sistema dominante va generando, reduciendo a una supervivencia cotidiana las vidas de tantos ciudadanos dejándolos al margen de una posibilidad de participación activa, social y política en el espacio público.

Por lo tanto, el término «miseria» lo utiliza en una acepción no tanto «positivista», en cuanto a ausencia de condiciones materiales de vida digna como vivienda, empleo, educación, que también lo hace en muchas ocasiones, sino más «subjetiva» en cuanto a la interpretación o comprensión de las percepciones individuales de las vidas de los propios sujetos a los que entrevista. La línea de la exclusión es delgada y él no se sumerge tanto en los «excluidos» sino en aquellos que sienten cómo sus proyectos de vida, sus aspiraciones y esperanzas se ven o bien truncadas, o bien con enormes dificultades. Algo mísero no es necesariamente algo despreciable, es también algo escaso, corto, imperfecto que no llega a los niveles deseados.

Esto es lo dramático que pretende denunciar Bourdieu: no se trata tanto de grandes espacios visibles de exclusión (que también los hay a su manera), sino procesos de dominación y de cierta eliminación que el sistema social, con la transformación de las estructuras políticas, económicas y laborales de los últimos años, va produciendo en un goteo permanente en las sociedades del primer mundo. Con ello las víctimas aparecen como ciudadanos de a pie, personas cotidianas con vidas cotidianas, miserias de posición frente a las estructuras dominantes, en una cada vez más difícil existencia que el discurso dominante pretende invisibilizar.

En el «*post-scriptum*» final del libro, Bourdieu realiza un análisis sobre la relación entre la ciencia social y la política y la responsabilidad moral del sociólogo. En él denuncia el alejamiento de los gobernantes del mundo social, «presos de un entorno de tecnócratas que a menudo ignoran prácticamente todo lo referente a la vida cotidiana de sus conciudadanos y a quienes nadie recuerda esa ignorancia». También denuncia ese alejamiento en el campo periodístico, sometidos los periodistas a las presiones y coacciones de los poderes internos y externos cayendo en una dinámica que se aleja de análisis serios y produciendo a menudo análisis apresurados y, en ocasiones, perniciosos. Así pues quedarían los intelectuales a los que Bourdieu achaca un silencio que es de lamentar.

La demanda última del sociólogo francés es un alegato hacia estos tres campos o agentes sociales (político, medios de comunicación y científicos sociales) para que, como la tradición de la medicina, se entreguen a la tarea de conocer y sacar a la luz de forma seria y profesional los males que aquejan a la vida social de las personas, yendo más allá de las manifestaciones evidentes. En definitiva hacer visible lo invisible.

Hay que remontarse desde luego hasta los verdaderos determinantes económicos y sociales de los innumerables atentados a la libertad de las personas, a su legítima aspiración a la felicidad y la autorrealización, que plantean hoy no sólo las implacables coacciones del mercado laboral o de vivienda, sino también los veredictos del mercado escolar o las sanciones abiertas a las agresiones insidiosas de la vida profesional. Para ello hay que atravesar la pantalla de las proyecciones a menudo absurdas, y a veces odiosas, detrás de las cuales el malestar o el sufrimiento se enmascaran tanto como se expresan.

Hacer conscientes ciertos mecanismos que hacen dolorosa e incluso intolerable la vida, no significa neutralizarlos; Sacar a la luz las contradicciones no significa resolverlas (...) Lo seguro, en todo caso, es que nada es menos inocente que el laissez-faire: si es verdad que la mayoría de los mecanismos económicos y sociales que están en el origen de los sufrimientos más crueles, en especial los que regulan el mercado laboral y el mercado escolar, son difíciles de frenar o modificar, lo cierto es que toda política que no aproveche plenamente las posibilidades, por reducidas que sean, que se ofrecen a la acción, y que la ciencia puede ayudar a descubrir, puede considerarse culpable de no asistencia a una persona en peligro (557-59).

Así pues, Bourdieu trata de mostrar los efectos que las nuevas dinámicas macrosociales de la Globalización y el Neoliberalismo cristalizan en las vidas cotidianas de miles de ciudadanos en los Estados del primer mundo haciendo de sus vidas pequeñas «miserias» de supervivencia y resignación en los mejores de los casos cuando no directamente vidas de exclusión o «desviación» social.

El autor y su equipo de colaboradores ponen en relación las dinámicas sociales macro con las prácticas sociales de los individuos a través de un compendio de entrevistas en profundidad donde son los sujetos los que expresan su mundo interno, sus dificultades, temores, decepciones y esperanzas en el día a día de sus vidas. Por sus páginas aparece todo un elenco de sujetos sociales de la Francia de fin de siglo: obreros prejubilados merced a reconversiones industriales y viejos sindicalistas testigos de un mundo, el de la vieja fábrica, que se derrumba. Jóvenes que emigraron del campo a la ciudad y malviven en la precariedad laboral, adolescentes franceses autóctonos o descendientes de inmigrantes que no encuentran su lugar en un sistema escolar que les retiene en unas aulas a cambio de diplomas prácticamente inservibles en el mundo laboral. Educadores y trabajadores sociales trabajando en primera línea en los grandes suburbios cada vez más abandonados a su suerte por los propios sistemas de protección social para los que en definitiva trabajan. Y en definitiva, toda la amalgama de sujetos y agentes sociales, desde el policía a la ama de casa, del juez al inmigrante... que configuran el heterogéneo mosaico de nuestras ciudades.

La miseria del mundo se puede encuadrar por lo tanto en el contexto de los nuevos análisis sobre los problemas de las nuevas formas de marginación y exclusión social. Marginación y exclusión que obedecen a dinámicas socioeconómicas y políticas distintas de las formas tradicionales propias del inicio de la modernidad. Como señala Luis María López citando a Castel y Alonso:

La estructura social experimenta cambios acelerados y profundos, ligados a los procesos de producción, que dan como resultado una nueva estratificación social y territorial. En Europa van consolidándose zonas de integración y grandes zonas de vulnerabilidad (Castel, R. «Las metamorphoses de la question sociale».1995 Fayard, París) no sólo a nivel social sino a nivel territorial. Espacios en que cada

vez se genera mayor riesgo, mayor empleo precarizado, menores situaciones de seguridad, ninguna hegemonía a nivel económico, ninguna capacidad de decisión; son zonas, pues, absolutamente movilizadas por las decisiones de otros y que tienden a generar una dinámica de tipo secundario, una dinámica de características residuales, donde se concentran de manera porcentualmente significativa las actividades más degradadas y los mayores niveles de actividad precaria. (...) Estos efectos red de la desarticulación o del desorden productivo internacional acaban generando asimismo otros espacios bien definidos que son las zonas de exclusión, que a nivel social conocemos como zonas de pobreza (Alonso, L.E. «Trabajo y Ciudadanía». 1999: 130 Trotta, Madrid).

Concluimos entonces que nos situamos en un contexto social nuevo con nuevas claves para su interpretación y que está suponiendo la consolidación de la fractura social y territorial. La no comprensión por parte de los individuos de estos nuevos procesos productivos y sociales está originando un nuevo «analfabetismo funcional» que lleva a grandes capas de la población hacia el riesgo de exclusión. Otra de las características de este nuevo contexto social es la complejidad de los nuevos fenómenos sociales (López-Aranguren, Luis M^a. 2002: 101).

2. RECORRIDO POR LAS DIFERENTES «MISERIAS»

Un punto de partida se desprende del análisis de su obra: el auge de las políticas neoliberales y de globalización lleva aparejada una crisis de reproducción del sistema, crisis que se agrava por la falta *de un análisis riguroso de las causas reales de la descomposición de la clase obrera francesa y del profundo desconcierto de poblaciones cuyos instrumentos tradicionales de reproducción y representación colectivas quedaron obsoletos debido a las transformaciones recientes del mercado laboral y el campo político.*

Bourdieu resalta continuamente esta crisis de reproducción al entrevistar a los viejos obreros o a los alumnos y profesores de los institutos. Habla de las «degradaciones colectivas de las empresas industriales de la región», fruto del liberalismo con la deslocalización de éstas a otras zonas con costes laborales más baratos, que dan lugar a reconversiones industriales, oleadas de despidos y la ruptura de la reproducción social de las nuevas generaciones cuyas expectativas pasaban por reproducir las pautas de los padres entrando desde jóvenes a trabajar en las fábricas, donde la integración al orden industrial propiciaba la integración al orden social.

También habla Bourdieu de los nuevos barrios, barrios que ya no girarán en torno a la fábrica y donde cohabitarán en condiciones difíciles una diversidad de gentes, cada vez más abandonados por la acción protectora del Estado, con «efectos de cohabitación difíciles de soportar como ruidos, trifulcas, destrozos...»

Plantea una crítica a la universalización y socialización de la educación, no por estar en contra, sino porque esconde formas de dominación, en realidad, un gran engaño a los menores más desfavorecidos donde los hijos de inmigrantes son los que más lo sufren: formalmente beneficiarios de la universalización de la educación, están abocados a un fracaso escolar o, a lo sumo, a la obtención de unos títulos básicos que se devalúan en proporción del aumento de competencia escolar. En definitiva, todo un intento de visibilización de las consecuencias personales y sociales de la nueva globalización neoliberal.

En el capítulo titulado *El espacio de los puntos de vista* (9), inicia la presentación del campo de análisis con una primera reflexión sobre los espacios «difíciles» como las «cités» (barrios semimarginales de las afueras de las grandes ciudades), centros escolares, empresas, donde conviven o, más bien, *reúnen a personas a las que todo separa, obligándolas a cohabitar, sea en la ignorancia o la incomprensión mutua, en el conflicto, latente o declarado, con todos los sufrimientos que resultan de ello.*

Nos presenta la realidad de «pequeñas miserias», miserias de posición con relación al gran macrocosmos social, sobre las cuales, desde el discurso más institucionalizado, se pasa a menudo por alto, pues se tiene en cuenta «la gran miseria» como referente comparativo sobre el que las «pequeñas miserias» cotidianas no sólo se obvian sino que se las induce un mensaje de condena y consuelo.

Esa miseria de posición, referida al punto de vista de quien la experimenta al encerrarse en los límites del microcosmos, está destinada a parecer, como suele decirse «completamente relativa», esto es, completamente irreal, si, al asumir el punto de vista del macrocosmos, se la compara con la gran miseria de condición; referencia cotidianamente utilizada con fines de condena («no tienes que quejarte») o consuelo («sabes que hay quienes están mucho peor») Empero, instituir la gran miseria como medida exclusiva de todas las demás significa prohibirse percibir y comprender toda una parte de los sufrimientos característicos de un orden social que, sin duda, hizo que aquella retrocediera (de todas formas menos de lo que suele decirse) pero que, al diferenciarse, brindaron las condiciones favorables para un desarrollo sin precedentes de todas las formas de la pequeña miseria.

En cierta medida, Bourdieu no define qué entiende por el concepto de miseria, o al menos de gran miseria, pero el mensaje transmitido con relación al aumento de las pequeñas miserias queda claro. Es cierto que con el desarrollo y modernización de los Estados (occidentales en general y Francia en particular), y el advenimiento de las sociedades postindustriales, la fuerte miseria tanto de las zonas rurales subdesarrolladas como de las grandes ciudades en explosión industrial, fue aplacándose. Pero la nueva coyuntura de las sociedades desarrolladas ha facilitado a su vez el auge de una gran variedad de pequeños espacios, diversificados, con diversas formas de miseria que van caracterizando actualmente el espacio social: barrios obreros de remodelación, centros escolares con diversidad

cultural, barrios multiculturales, espacios de la gran ciudad «tomados» por indigentes... y un largo etcétera que el discurso «oficial» olvida e ignora pues sigue teniendo como referente a esa gran miseria del subdesarrollo que globalmente quedó atrás.

Abordar estos espacios no es tarea fácil, fundamentalmente por la multiplicidad de estilos de vida, intereses, disposiciones... que conviven en estos espacios y que provocan desde numerosos sufrimientos cuando colisionan a incluso visiones divididas y desgarradas del sí mismo de los actores obligados en ocasiones a enfrentamientos y comprensiones simultáneas de los otros.

Para ello plantea Bourdieu huir de acercamientos de punto de vista únicos, sin caer en el relativismo subjetivo, un acercamiento desde múltiples perspectivas: las de aquellos actores, desde los sujetos a los profesionales del trabajo social, que desde esa yuxtaposición, en ocasiones conflictiva, construyen esos espacios sociales de pequeñas miserias.

Aunque si bien es cierto que la investigación de *La miseria del mundo* se centra en las entrevistas en profundidad individualizadas, los autores inciden en la importancia del análisis de los espacios donde estos sujetos se desenvuelven. El análisis de las relaciones sociales de dominación que sufren estas personas tiene una clara visibilidad en la propia configuración de los espacios físicos, haciendo de los análisis de Bourdieu una importante sociología y antropología urbana.

En el capítulo *Efectos de lugar* (119), Bourdieu se adentra en el análisis de los espacios de miseria aplicando conceptos de su marco teórico. Critica el discurso que la prensa sensacionalista, la propaganda o el discurso político hacen de los «suburbios problemáticos»: discurso, dice, poblado de *fantasmas alimentados por experiencias emocionales suscitadas por palabras o imágenes más o menos descontroladas; pretende romper con lo que denomina la ilusión empirista de ir a ver qué es lo que pasa* en estos espacios; éste es un planteamiento «sustancialista» que considera se queda corto y que en muchas ocasiones viene dado por lo problemático del lugar que sin duda presenta algunos méritos a quienes allí se acercan y salvan los riesgos y dificultades con que se encuentran.

No, describir lo que se ve no basta. Bourdieu ya introduce la necesidad de un análisis estructural de relaciones, desde su modelo estructuralista para abarcar estas realidades:

Y sin embargo todo hace pensar que lo esencial de lo que se vive y se ve sobre el terreno (...) tiene su origen en un lugar completamente distinto. Nada lo muestra mejor que los guetos estadounidenses, esos lugares abandonados que se definen, en lo fundamental por una ausencia: esencialmente la del Estado y todo lo que se deriva de éste: policía, escuela...

Sólo es posible romper con las falsas evidencias y los errores inscritos en el pensamiento sustancialista de los lugares si se efectúa un análisis riguroso de las relaciones entre espacio social y las del espacio físico.

De esta forma, sistema de relaciones y ausencias van a ir configurando el modelo de análisis del autor a los espacios marginales de las grandes ciudades. El análisis que realiza de los conceptos espacio físico y espacio social y las relaciones entre ellos supone un paso más y una aplicación de nuevo de algunos de sus elementos teóricos importantes: la somatización de lo social y la encarnación física del sistema social.

Así, los agentes sociales, en tanto cuerpos físicos, ocupan lugares y sitios del espacio físico que podemos analizar sobre la base de sus relaciones: Encima, debajo, entre, distancia (cerca, lejos)... *Y así como el espacio físico se define por la exterioridad recíproca entre las partes, el espacio social se define por la exclusión mutua o la distinción de las posiciones que lo constituyen, es decir, como estructura de yuxtaposición de posiciones sociales.*

Es más, Bourdieu señala que *la estructura del espacio se manifiesta en la forma de oposiciones espaciales, en las que el espacio habitado (o apropiado) funciona como una especie de simbolización espontánea del espacio social. En una sociedad jerárquica no hay espacio que no esté jerarquizado y no exprese las jerarquías y las distancias sociales (...) de un modo enmascarado por el efecto de naturalización (...) que pueden parecer surgidas de la naturaleza de las cosas, pero que realmente obedecen a otro tipo de lógicas sociales que el sociólogo deberá intentar analizar.*

Así pues, relaciones de reciprocidad, oposición y de ausencias en las relaciones sociales que se van a ver reproducidas en el espacio físico, en lo que inmediatamente podemos observar empíricamente, y que simbolizando y encarnando el conjunto de relaciones sociales actúan en gran parte para los agentes como parte de la naturaleza de las cosas. Este será el gran principio básico de análisis de Bourdieu.

Dando un paso más, Bourdieu introduce en el análisis la importancia del juego social de circulación, distribución y apropiación de las distintas formas de capital.

El espacio social reificado (vale decir físicamente realizado u objetivado) se presenta en consecuencia, como la distribución en el espacio físico de diferentes especies de bienes y servicios y también de agentes individuales y grupos localizados físicamente (en tanto cuerpos vinculados a un lugar permanente) y provistos de oportunidades más o menos importantes de apropiación de esos bienes y servicios (en función de su capital y también de la distancia física con respecto a esos bienes, que depende igualmente de aquel). En la relación entre la distribución de los agentes y la distribución de los bienes en el espacio se define el valor de las diferentes regiones del espacio social reificado.

Con este supuesto ejemplifica algunas oposiciones como ciudad-provincia, decoradores-ebanistas... *oposiciones sociales objetivadas en el espacio físico que tienden a reproducirse en los espíritus y el lenguaje en la forma de oposiciones*

constitutivas de un principio de visión y división, vale decir, en tanto categorías de percepción y evaluación o de estructuras mentales. De esta forma llegamos a otro de los puntos esenciales de la teoría de Bourdieu: cómo las categorías sociales, objetivadas en los cuerpos y los espacios físicos, devienen en categorías mentales de percepción y evaluación de la realidad en los sujetos.

Finalmente, hace el autor alusión a la dinámica de las luchas por la apropiación del espacio, en donde, como hemos visto, el capital de cada agente juega un papel clave: *la capacidad de dominar el espacio, en general adueñándose (material o simbólicamente) de los bienes escasos (públicos o privados) que se distribuyen en él, depende del capital poseído*. En este espacio la posesión de capital asegura la casi ubicuidad que hace posible el dominio económico y simbólico de los medios y a la inversa, quienes carecen de capital son mantenidos a distancia, ya sea física o simbólicamente, de los bienes socialmente más escasos.

Con todo, incluye un nuevo concepto teórico fundamental: el *habitus*. Así, el hábitat va a contribuir a formar el habitus, y es más, la mera presencia física de sujetos en hábitats concretos no garantiza un desenvolvimiento social eficaz sino se posee el habitus correspondiente: «so pena de sentirse desplazados, quienes penetran en un espacio deben cumplir las condiciones que éste exige tácitamente de sus ocupantes»

Y aunque en las luchas por el espacio pueden asumirse formas colectivas, fundamentalmente por las políticas urbanísticas... todo ello nos muestra un claro paisaje de oposición y desigualdad social en las grandes ciudades:

El barrio elegante, como un club fundado en la exclusión activa de las personas indeseables, consagra simbólicamente a cada uno de sus habitantes permitiéndoles participar del capital acumulado por el conjunto de los residentes; al contrario, el barrio estigmatizado degrada simbólicamente a quienes lo habitan, los cuales, en cambio, hacen lo mismo con él, ya que al estar privados de todas las cartas de triunfo necesarias para participar en los diferentes juegos sociales, no comparten sino su común excomuniación.

Otro de los temas que interesan especialmente a Bourdieu y sus colaboradores es el papel que desempeñan los medios de comunicación con relación a los problemas sociales. Ya introdujimos este aspecto al principio de este artículo. En el capítulo *La visión mediática* (51) se realiza un análisis crítico sobre el rol de la prensa.

Como hemos visto, la importancia que Bourdieu otorga al papel visibilizador del sociólogo para realizar un análisis científico de los hechos sociales, le lleva a contraponer la ciencia social al agente que actualmente más influencia tiene en la visibilización y construcción de los fenómenos sociales: los medios de comunicación.

En este artículo, Patrick Champagne sintetiza de manera magistral el problema de la violencia en los barrios marginales y su repercusión mediática. Aunque todos los temas que van apareciendo en la obra siguen siendo de actualidad,

ninguno quizá tanto como los asuntos de violencia juvenil en los barrios marginales que, como hemos señalado, han vuelto a ocupar primera plana en todos los medios de comunicación.

A partir del análisis de los incidentes ocurridos en 1990 en unos suburbios de Lyon, el autor analiza la construcción del objeto por parte de los medios de comunicación y sus repercusiones sociales, como el intento de las clases políticas de apropiarse del discurso, la estigmatización que generan o la omisión de las relaciones estructurales que generan el caldo de cultivo de estas situaciones.

Como toda la obra gira en torno a la miseria social o los malestares sociales, el autor nos recuerda la importancia de la visibilización de éstos. Así, señala que *los malestares sociales sólo tienen existencia visible cuando los medios hablan de ellos, es decir, cuando los periodistas los reconocen como tales*. Así como que *no todos los malestares son igualmente mediáticos; y los que lo son sufren inevitablemente una cierta cantidad de deformaciones (...), el campo periodístico los somete a un verdadero trabajo de construcción que depende en buena medida de los intereses propios de ese sector de actividad*.

Realmente, los medios, y fundamentalmente la televisión «fabrican colectivamente una representación social» que surge a partir de la movilización de los elementos más emotivos, interpretaciones espontáneas y prejuicios. Esta representación va a perdurar pese a que surjan posteriormente desmentidos o análisis más exhaustivos.

Con ello, los elementos que se enfatizan, que se exhiben, suelen ser las acciones más violentas, los enfrentamientos, los actos delictivos... junto con la presentación de las causas en un «revoltijo» superpuesto de fenómenos como condiciones del barrio, equipamientos, inmigrantes... sin un mayor análisis. Se producen así, entre otros, efectos de estigmatización para los habitantes de un determinado barrio, de profecías que se auto cumplen o de círculos viciosos.

Finalmente, el autor exhorta a buscar las causas de los problemas de estos barrios fuera del discurso mediático, buscándolas en lógicas que no están en los barrios mismos sino en mecanismos más globales como las políticas de vivienda o la crisis económica.

3. LA MISERIA DE LAS POLÍTICAS SOCIALES

La polémica sobre la situación en estos barrios franceses recuerda a los autores a la dinámica social que han sufrido los guetos norteamericanos. Salvando las distancias entre dos realidades distintas, el colaborador de Bourdieu, L. Wacquant presenta, en el artículo *De Norteamérica como utopía al revés* (125), un análisis sobre los guetos raciales americanos. En él presenta estos lugares como uno de los ejemplos claros de espacios de miseria fruto del abandono de las funciones del Estado (lo que nos introduce a un debate sociopolítico de gran actualidad: el mantenimiento o desmembración del Estado de Bienestar) y que si bien con características propias fruto de la realidad norteamericana, nos sirven de con-

tra utopía de lo que pueden llegar a convertirse los espacios marginales y suburbios de las grandes ciudades europeas.

Wacquant vuelve a criticar el discurso sensacionalista de los medios de comunicación sobre los suburbios franceses: critica la «guetización» del discurso, esto es, identificar la realidad del suburbio francés con las imágenes, en gran medida deformadas y exóticas del gueto norteamericano como el Bronx, Harlem, con lo que supone de ignorancia del proceso histórico y económico específico en la configuración del suburbio francés. Y aquí nos menciona otra de las tesis principales de toda la obra: el proceso de descomposición de la clase obrera francesa fruto de las transformaciones sociales, cuyas consecuencias suponen todo el hilo conductor de la investigación.

los profetas de la desgracia se han erigido en un obstáculo de un análisis riguroso de las causas reales de la descomposición de la clase obrera francesa y del profundo desconcierto de poblaciones cuyos instrumentos tradicionales de reproducción y representación colectivas quedaron obsoletos debido a las transformaciones recientes del mercado laboral y el campo político» «alimentando a continuación la espiral de la estigmatización (...) y agravando de ese modo el peso de la dominación simbólica que los habitantes de esas urbanizaciones deben sufrir hoy por añadidura a su exclusión socio-económica.

Y aunque reconoce que gueto y suburbio, ambas zonas de relegación social, obedecen a realidades distintas (el gueto norteamericano opera de base sobre una segregación racial). El gueto norteamericano sirve, aunque sea a modo de «espejo deformante y de aumento», como ejemplo práctico de análisis de relaciones sociales cuando el Estado renuncia a su función primaria «que consiste en sostener la infraestructura organizativa indispensable para el funcionamiento de toda sociedad urbana compleja», abandonando a las instituciones públicas a la lógica del mercado.

El panorama que nos describe Wacquant, basado en varios análisis sociológicos y etnográficos, sobre el gueto negro, no puede ser más desolador: degradación progresiva, brutal y generalizada del gueto desde los años cincuenta: desocupación, delincuencia violenta, alcoholismo, suicidio, enfermedades mentales... van floreciendo a la par de la retirada del Estado. *Lo que mejor explica el carácter acumulativo y auto sostenido del proceso de dislocación social en cuestión es la política urbana de abandono concertado por parte del Estado norteamericano desde los años sesenta.*

De nuevo las reconversiones industriales con la pérdida de miles de puestos de trabajo y la falta de inversiones y estímulos del Estado vaciaron al gueto de actividad comercial; hundimiento del mercado de trabajo e insuficiencia de ayuda social conllevaron la proliferación de subempleos donde el tráfico de drogas irrumpe con fuerza con la criminalización de la vida cotidiana que genera. *El narcotráfico, señala Wacquant, no es más que el síntoma más visible de una especie de tercermundización de la economía del gueto donde los indicios más no-*

torios van de la generalización del artesanado ilegal y el trabajo jornalizado a la multiplicación de pequeños oficios subproletarios como traperos, venta ambulante, aparcacoches... pasando por un abanico de tráficós más o menos legales.

En todo este proceso, al Estado, tras perder el control del gueto, le cuesta manejar las instituciones que allí tiene. Así, desde la retirada de los servicios sociales del corazón del gueto o el fracaso de la institución escolar, se va produciendo la «desertificación organizacional» del gueto.

Y aunque reconoce el autor la lógica propia del suburbio francés, como señalábamos al principio de este artículo, no deja de prevenir al Estado francés:

Si en su miopía tecnocrática y su fijación fascinada en el rendimiento financiero a corto plazo las élites francesas, tanto de izquierda como de derecha, persistieran en la política neoliberal de reducción del sector público y «mercantilización» rampante de las relaciones sociales que hicieron propia desde mediados de los años setenta, no debería excluirse lo peor: la utopía negativa, lejana y pavorosa podría convertirse en realidad.

Siguiendo con la tesis del abandono de la función estructuradora del Estado en los suburbios marginales, Bourdieu ahonda en el capítulo «La dimisión del Estado» (161), en el advenimiento de las políticas neoliberales de finales de los setenta, a las que se sumaron tanto gobiernos de derecha como de izquierda. Una de cuyas consecuencias más destacables se pudo observar en materia de vivienda con los aspectos de distribución social que ya hemos visto.

Así se comprueba, por ejemplo, que el Estado contribuye de manera determinante a conformar el mercado inmobiliario, en especial a través del control que ejerce sobre el mercado del suelo y las formas de ayuda que proporciona para la compra o el alquiler de viviendas, y que al mismo tiempo contribuye a determinar la distribución social del espacio, si se prefiere, la de las determinadas categorías sociales en el espacio. Y la retirada del Estado y marchitamiento de la ayuda pública a la construcción son responsables en esencia de la aparición de los lugares de relegación en donde bajo el aspecto de la crisis económica y la desocupación, se concentran las poblaciones más indigentes.

Demolición de la idea de servicio público, resalta Bourdieu en un análisis de categorías políticas donde se trasmite la idea de liberalismo económico igual a libertad política y estatismo o socialismo igual a soviétismo. «La lucha contra las desigualdades consideradas inevitables es ineficaz y sólo puede librarse en detrimento de la libertad» y asociando eficacia y modernidad con empresa privada y servicio público con arcaísmo e ineficacia y pretendiendo manejar los servicios públicos como empresas privadas.

Destaca Bourdieu algunos elementos importantes que conlleva este giro neoliberal:

- La sensación de abandono y desautorización de los pequeños funcionarios como asistentes sociales, educadores, maestros, en sus esfuerzos por afrontar la miseria, en una metáfora muy significativa donde «la mano derecha del Estado no sabe lo que hace la mano izquierda».
- La transformación de políticas sociales de Estado, que aspiraban a actuar sobre las estructuras mismas de la distribución, por políticas liberales de ayuda directa monetaria que sólo pretenden corregir los efectos de la distribución desigual de los recursos en una especie de caridad del Estado. Desaparecen ayudas al servicio por asignaciones monetarias. Esto conlleva consecuencias como una orientación clara hacia el consumo sin procurar una orientación previa, o la ruptura de formas tradicionales de solidaridad, «transformando al pueblo potencialmente movilizado en un agregado heterogéneo de pobres atomizados, donde el beneficio de la Caridad del Estado está destinada al «pobre meritorio». ¿Toda una crítica del autor a las políticas sociales de la renta mínima iniciada en Francia?
- La crisis del sistema escolar, tema recurrente en Bourdieu, donde los jóvenes de familias proletarias han sido separados de las estructuras reproductivas de sus padres por las que se incorporaban al mercado laboral de éstos, y «abandonados» en las escuelas, «encadenados» sin capital cultural previo que les garantice un éxito, estando abocados a un fracaso escolar.

Al separarlos provisionalmente de las actividades productivas y apartarlos del mundo del trabajo, la escuela rompe el ciclo natural de la reproducción obrera, fundado en la adaptación anticipada a las posiciones dominadas, y los inclina al rechazo del trabajo manual, sobre todo en fábrica, y de la condición obrera; los insta a rechazar el único futuro que les resulta accesible sin garantizarles en absoluto el futuro que parece prometer y al cual les enseña a renunciar.

- El debilitamiento de las instancias de movilización, como las organizaciones políticas, sindicales y sociales en general de los antiguos barrios obreros, que no sólo canalizaban la protesta sino que aseguraban una especie de «envoltura continua» de toda la existencia contribuyendo a dar sentido a la vida.
- La crisis de las estructuras familiares, con la ruptura generacional con los modelos tradicionales de reproducción social, donde los padres no sólo apenas pueden ofrecer medios de existencia, sino ni siquiera razones para vivir, con la huida de los jóvenes escolarizados hacia la obsesión por el consumo inmediato, de bienes a la vez inaccesibles y presentes por doquier en los medios y en la calle, la proliferación de las bandas...
- La doble exclusión simbólica a la población inmigrante, donde cada vez más la oposición nativo-inmigrante viene a sustituir a la clásica entre dominantes y dominados, hasta entonces en primer plano.

Finalmente, nos recuerda Bourdieu que es importante *poner de relieve el vínculo entre una política neoliberal que apunta a sacar a la pequeña burguesía de*

la vivienda colectiva, y con ello del colectivismo, y a asociarla a la propiedad privada de su chalet individual y a la vez al orden establecido y la segregación espacial favorecida y fortalecida por la retirada del Estado, retirada que nos recuerda que «provocó efectos inesperados y capaces de amenazar en última instancia el buen funcionamiento de las instituciones democráticas».

4. LA CRISIS DE LA CLASE OBRERA

En *Permanentes y Temporarios* (227) y *El fin de un mundo* (271) Bourdieu presenta un repaso de otro de los elementos clave de todo su análisis: la desestructuración del universo obrero tradicional. Como hemos visto ya, éste es un hecho fundamental en el proceso histórico reciente que, junto a la retirada del Estado, ha generado consecuencias visibles que van desde la marginalidad de los suburbios al fracaso escolar.

«Fin de un mundo». Si bien esta expresión la utiliza en el segundo artículo para describir más específicamente la crisis de sentido del movimiento sindical, bien puede aplicarse a toda la crisis de sentido de la clase obrera en general.

Y Bourdieu nos la presenta de nuevo desde una oposición estructural: los permanentes y los temporarios, esto es, los viejos obreros fijos, que construyeron su universo de sentido en la gran fábrica de los años 60 y 70, sin titulaciones académicas, curtidos en la lucha sindical, la conciencia de clase y la militancia obrera frente a los jóvenes obreros temporales nuevos, contratados la mayoría por empresas de trabajo temporal, salidos de los institutos, totalmente despolitizados, más preocupados por la inserción laboral que por la militancia de clase. No es sólo una ruptura generacional en términos de edad; se trata de una ruptura histórica, una ruptura de sentido.

Lo que los distingue es en realidad la generación: la generación fabril (los obreros especializados que entraron en la fábrica antes de la crisis – se opone a la de los precarios, que siempre están en busca de un empleo estable, oposición que en sí misma redobla toda una serie de oposiciones homólogas (politizado/despolitizado, sindicalizado/antisindicalizado).

Y de nuevo Bourdieu nos muestra, condensado en poco espacio, todo un contraste de mundos, el fin de una época y el presente de otra, y nos lo presenta a partir de un suceso concreto, etnográfico: las huelgas en la factoría de Peugeot de la localidad de Sochaux a finales de los ochenta y principios de los 90, cómo van evolucionando y cómo se van construyendo las relaciones entre esos dos mundos contrapuestos: el viejo obrero y el joven temporal.

Resulta incluso algo desconsolador. Como si visualizáramos un film, la lectura nos introduce en el mundo interno de los agentes y así podemos comprobar cómo al principio los obreros viejos proyectan en los jóvenes su propia juventud obrera:

todo sucede como si los huelguistas más politizados admitieran de antemano en los temporarios una postura crítica, una actitud de resistencia (...) les prestan la combatividad que ellos mismos tenían cuando eran jóvenes obreros en la fábrica (...) No aprecian con claridad, empero, que la distancia que los separa es menos una diferencia de edad en el sentido biológico que una diferencia de generación, que el orden de sucesión de las generaciones obreras se vio interrumpido por diez años sin contrataciones y que esos obreros provisionales, «formados» por años de «pesadilla» y trabajos menores, llegan ya ampliamente sometidos a la fábrica.

La idea de ruptura está presente en todo el texto. Pero una ruptura no solamente económica, sino de universo de sentido de toda una generación que lo construyó en torno a la fábrica; que ingresaban en ella pronto, sin cualificación; que se adaptaban a una realización profesional que aprendían dentro de aquella y que la militancia obrera y la conciencia de clase configuraba su sentido vital. Frente a ellos unos jóvenes temporales que tras salir de la escuela o institutos no tienen un empleo garantizado, que sufren muchas dificultades pasando de un contrato temporal y precario a otro; que ven en la gran fábrica la posibilidad de un trabajo estable, angustiados por su inserción laboral y amenazados por el fantasma de la exclusión y que no entienden el universo relacional y simbólico de los viejos obreros.

Crisis económica, cambio industrial, cambio de formas de producción, cambio social y un mundo que parece quedar atrás. Un antes que va perdiendo su sitio y un después que se va configurando desde otras claves.

La modernización (técnica, social y espacial) de la fábrica de Sochaux produjo, por lo tanto, viejos relativos, que no sólo están gastados por su trabajo sino que también son viejos en cuanto «perdieron» maneras de hacer y de ser y que hacían aceptable la condición de obrero especializado y eran constituyentes de su conciencia de clase. También son viejos debido a la imposibilidad en que se encuentra la mayoría, cualquiera que sea su edad, de adaptarse mentalmente a los nuevos dispositivos de trabajo introducidos en la empresa. Los obreros especializados que vivieron quince años en la cadena, aunque tengan entre 32 y 35 años, son en cierta medida viejos por su mentalidad, viejos por los esquemas que interiorizaron y de los que hoy les cuesta mucho desprenderse para no sentirse excluidos de la modernidad.

Esa ruptura del «obrerismo» clásico y militante se hace aún más patente en la militancia sindical. Es lo que nos muestra Bourdieu en *El fin de un mundo*:

la crisis de un sindicalismo antaño floreciente y hoy en ruinas, la desaparición de los grandes agrupamientos de trabajadores, de las fábricas que reunían a cuatro o cinco mil obreros, en beneficio de las pequeñas empresas de menos de cincuenta empleados, donde siempre es difícil entrar, la ruptura, favorecida por la escuela, del ciclo simple de la reproducción; la desocupación y la amenaza constante que

representa para quienes tienen un trabajo lo condenan al sometimiento y al silencio.

Los sindicalistas toman la palabra y expresan su desencanto y decepción como la que las prejubilaciones trajeron: pensaron que iban a encontrar en los prejubilados de cincuenta años una masa de militantes y se encontraron con verdaderos dramas personales y familiares.

Decepciones y desilusiones hacia los obreros y decepciones y desilusiones hacia las ideologías: las políticas liberales de los gobiernos socialistas, el fracaso de los comunismos del este, el auge del nacional-fascismo de Le Pen entre las masas de obreros.

Nuevas formas de explotación, de desregularización laboral donde las formas tradicionales de acción sindical se perciben insuficientes, obsoletas y la necesidad de reinventar nuevas formas. Como expresa un sindicalista: *hay muchas preguntas que hoy se hacen y que soy incapaz de contestar, incluso a mí mismo. Ya no hay nada a lo que podamos aferrarnos. Probablemente hayamos perdido muchas ilusiones. Creíamos demasiado en ellas. Y cuando todo se derrumba, detrás no hay nada.*

En *El viejo obrero y la nueva fábrica* (237) y *Con un obrero comunista* (243) el colaborador de Bourdieu, Michel Pialoux entrevista a un obrero de la factoría de Peugeot en Sochaux: Gerardo, un obrero militante, procedente de una zona rural de gran tradición comunista durante la resistencia y cierra así el ciclo al análisis de la ruptura de la militancia obrera a partir del caso de Peugeot. De nuevo aparece la ruptura entre las dos épocas, el problema de los nuevos trabajadores temporales... y fundamentalmente la ruptura de un universo de sentido que se traduce en una relación de amor odio con la empresa y en el fin de un sueño, de una esperanza que dotó de sentido a sus vidas. El hecho estructural que planea durante toda la entrevista y que da forma al cambio de época es el *agravamiento de las penosas condiciones laborales*: nuevos métodos de productividad, el horizonte japonés como ejemplo de funcionamiento... pero lo que realmente se trasmite como desgarrador son los otros dos grandes temas que planean la entrevista y que aparecen como consecuencias de aquél: La «degradación» del ambiente entre los compañeros en el taller y el de la dificultad cada vez más grande para efectuar una tarea sindical.

Esta es la «herida» manifestada en decepción que el autor muestra:

La ruptura de una cierta cultura política profundamente enraizada en un complejo de relaciones laborales (que también eran relaciones sociales entre personas constituidas por una historia común y cómo y porqué desaparecieron o están desapareciendo progresivamente las condiciones de esa politización; en definitiva se trata de la denuncia y constatación de la desestructuración del antiguo sistema de relaciones sociales que había prevalecido durante mucho tiempo en el taller, que daba una especie de fuerza al grupo obrero, grupo en el que los delegados y militantes ocupaban un lugar preponderante (...) De-

cepción que tiene sus raíces igualmente en el presentimiento de que las nuevas generaciones obreras, los trabajadores temporales, no terminarán, salvo que se produzca un milagro, por unirse a las antiguas que no podrán repetirse la mayor parte de las viejas formas del combate obrero porque ya no se adaptarán a las nuevas situaciones.

Se menciona una nueva lógica en los obreros actuales demasiado diferentes a los obreros viejos de la fábrica. Y termina Pialoux reflejando que percibe en el obrero *una hostilidad que sin duda se nutre de todas las humillaciones sufridas hoy, de la sensación global de un fracaso en la vida profesional, del miedo a una pauperización. Pero que en el fondo se basa en una decepción más profunda y antigua: la pérdida de una esperanza de otro tipo, una esperanza colectiva a la cual nunca aceptó a renunciar del todo y cuyo duelo no termina de hacer.*

5. MISERIA EN LA ESCUELA

Otro de los campos al que Bourdieu ha dedicado especial atención y donde se perciben los efectos de miseria es sin duda el sistema educativo. El fracaso escolar y el malestar en los colegios e institutos es un hecho de gran actualidad que se multiplica en aquellos centros pertenecientes a zonas marginales o barrios desfavorecidos. Ya nos señala Bourdieu que el universo de los centros escolares y las poblaciones correspondientes es en realidad un *continuum* que va desde los centros de suburbios desheredados que acogen a poblaciones de alumnos cada vez más numerosas y culturalmente indigentes a los centros altamente resguardados donde van los alumnos de clases altas. Así advierte que el mal de la escuela reviste formas extremadamente diversificadas donde las dificultades y ansiedades de los alumnos de suburbio difieren notablemente de los centros de las zonas altas.

En un recorrido histórico, nos muestra en *Los excluidos del interior* (363) cómo hasta finales de los años cincuenta los centros escolares disfrutaban de una gran estabilidad fundada en la eliminación precoz y brutal de los hijos de las familias culturalmente desventajadas, reflejando la jerarquía social dominante, promoviendo a los hijos de las clases altas el acceso a los puestos dirigentes y a los hijos de la clase obrera a los trabajos manuales especializados. Discriminación que era socialmente aceptada pues decía apoyarse exclusivamente en dones y méritos individuales.

Con las transformaciones de los años 60 y la universalización de la educación se favorece el acceso a la enseñanza secundaria de clases medias y obreras. Sin embargo, tras la euforia inicial se constató la paradoja: *o bien no bastaba con tener acceso a la enseñanza secundaria para tener éxito en ella, o bien no bastaba tener éxito en ella para tener acceso a las posiciones sociales que los títulos escolares y, en particular el bachillerato, permitían alcanzar en otras épocas* y se va instalando un nuevo discurso que lo justifica, si no en desventajas individuales, sí en desventajas sociales o culturales. Pero en el fondo hay aún más:

En el nuevo sistema escolar se mantiene en sus aspectos esenciales la estructura de la distribución diferencial de las ganancias escolares y las ganancias sociales correlativas, con una diferencia fundamental: al diferirse y extenderse en el tiempo el proceso de eliminación y quedar con ello parcialmente diluido en la duración, la institución se ve habitada de manera duradera por excluidos en potencia, que importan a ella las contradicciones y los conflictos asociados a una escolaridad sin otro fin que sí misma.

Lo que está presente es la reproducción en el sistema escolar de las jerarquías y dominaciones del sistema social. Es cierto que se ha producido un acceso universal a la educación. Pero con la competencia por los puestos que esto generaba, la consecuencia fue una devaluación de los títulos. Siempre habrá unos títulos a los que sólo tendrán acceso a través de la diferenciación social los mismos hijos de las clases dirigentes. Así, si en el camino los alumnos de clases desfavorecidas fracasan en algún momento, siempre queda la estigmatización personal del fracaso pues tuvo su oportunidad que le ofreció el sistema. *Así, la institución escolar tiende cada vez más a presentarse ante las familias y los mismos alumnos como un engaño, fuente de una inmensa decepción colectiva: como el horizonte, esta tierra prometida retrocede a medida que se avanza hacia ella.*

Presión hacia los alumnos que favorece la discriminación y diversificación social desde las elecciones cada vez más tempranas de ramas o itinerarios, a los pequeños fracasos cotidianos en exámenes. Incluso, el capital cultural que traen los alumnos de clases medias-altas de cada familia y que les posibilita mantenerse en el sistema en los momentos difíciles de presión de la institución.

Así señala Bourdieu que los institutos acaban convirtiéndose en lugares de agrupamiento de los más desprovistos, que los diplomas que se preparan son títulos a la baja, obligados a bajar sus pretensiones merced a la represión y selección escolar, pasando de un respeto a una resignación desencantada disfrazada de indolencia desenvuelta, enfrentamiento y provocación.

En definitiva se reproduce una tremenda contradicción del mundo social actual:

La contradicción de un orden social que tiende cada vez más a dar todo a todo el mundo, en especial en materia de consumo de bienes materiales o simbólicos e incluso políticos, pero en las formas ficticias de la apariencia, el simulacro o el símil, como si ese fuera el único medio de reservar a algunos la posesión real y legítima de esos bienes exclusivos.

6. CONCLUSIÓN

Hemos intentado presentar sólo algunos de los aspectos que se analizan en *La miseria del mundo*; la obra contiene más de veinte entrevistas en profundidad y otros tantos comentarios a las mismas. Como mencionamos al inicio de este ar-

título, en *La miseria del mundo* tienen cabida casi todo el calidoscopio de experiencias vitales en la sociedad urbana de fin de siglo.

Sin lugar a dudas, la influencia de la sociología de Pierre Bourdieu es incontestable. Tanto por la renovación teórica que supuso su modelo, recogido en los manuales de teoría sociológica, como autor de la integración micro-macro y de la metateorización sociológica (Ritzer, G., 2002) o exponente del regreso a la gran teoría (Pérez Agote, 1999), como también por su multiplicidad de campos de investigación y sus aportaciones a éstos.

Como buen teórico no ha sido ajeno a las críticas de su modelo por parte de otros teóricos. Se le ha reprochado, entre otras cosas, desde una cierta reducción del campo social percibido exclusivamente como un terreno de luchas y competencias utilitaristas por parte de los grupos e individuos para controlarlo, hasta un reduccionismo económico pues, aunque reconoce la importancia de los capitales culturales o simbólicos, éstos en definitiva se ponen al servicio del capital económico. También se la ha criticado un excesivo determinismo de la conducta social a partir del habitus que dificulta la explicación del cambio social y la iniciativa individual; un cierto «vacío» en la concepción de la pluralidad de los individuos con sus múltiples experiencias socializadoras en lugar de un hábitus específico que configura a cada sujeto (Bonnewitz, P., 2002).

Sin embargo estas críticas no desmerecen las aportaciones de Bourdieu, por el contrario, las enriquecen poniendo nuevos elementos al debate teórico.

No obstante, éste no es el espacio adecuado para un análisis crítico y exhaustivo sobre la obra de Bourdieu sino una breve reflexión crítica sobre las aportaciones de *La miseria del mundo* a la comprensión del universo de las dificultades sociales.

En nuestra opinión, la gran aportación de *La miseria del mundo*, aparte del gran despliegue etnográfico, consiste en sacar a la luz, hacer visible todo un universo de «sufrimientos», de dificultades cotidianas para una vida plena e integrada de tantos y tantas ciudadanas en la actualidad. Y ya esto es de un gran mérito si tenemos en cuenta la «invisibilización» de tantos «sufrimientos sociales» diluidos en el gran ruido de los medios de comunicación.

Situar el foco causal fuera de lo aparentemente más visible, huyendo del estereotipo, estigmatización o superficialidad propia de los medios de comunicación, e invitar al análisis de las relaciones sociales y políticas que se producen fuera de estos espacios pero que los configuran es, a nuestro modo de ver, la otra gran aportación de esta obra.

Iniciamos este artículo con la referencia a los sucesos de violencia callejera en Francia, pero actualmente, en nuestro país, estamos asistiendo a la intensificación de algunos de los problemas sociales que Bourdieu recoge en esta obra: el debate sobre el fracaso escolar y la violencia en los institutos copan los programas televisivos, la violencia juvenil y las bandas de inmigrantes o la situación de barrios que recientemente, como Villaverde, han salido del tradicional ostracismo para convertirse en el paradigma de barrio conflictivo. Y de nuevo, las reflexiones de Bourdieu cobran actualidad al presenciar cualquiera de los debates

mediáticos sobre estos asuntos: de nuevo la versión de los medios se queda en la superficie, de nuevo las relaciones estructurales, las relaciones profundas quedan omitidas; y de nuevo se hace patente la ausencia de análisis científicos más profundos. Directamente, el científico social está al margen del debate mediático sobre estos fenómenos sociales.

Quedan sin embargo algunos puntos en la reflexión de los autores que tal vez pueda ser importante tenerlos en cuenta por quedar quizá poco claros o, al menos, no acabar de cerrarlos:

En primer lugar, Bourdieu nos recuerda continuamente la ruptura de los mecanismos de reproducción de la clase obrera y de su consiguiente universo de sentido y su sustitución por nuevos mecanismos como la universalización escolar y por consiguiente la participación del joven de familia obrera en el espacio de competición y socialización universal. Pero junto con ello nos alerta de la crisis de sentido del obrero tradicional o del gran señuelo y engaño en que se convierte la institución escolar reproduciendo las relaciones de dominación.

El análisis es bastante coherente. Podemos echar un vistazo por los barrios del sur de Madrid para observar cómo muchos de éstos fueron constituidos en torno al universo simbólico de la fábrica: la gran fábrica como la Peugeot, Estándar Eléctrica... o pequeñas fábricas de los polígonos industriales. La relación de los vecinos, la cohesión y conciencia del barrio, la reproducción social entrando los hijos a la fábrica de los padres, la militancia obrera y sindical de éstos, su origen común como inmigrantes de zonas rurales o pequeñas ciudades de provincias, configuraban una cierta uniformidad social y cultural de sentido en la época de los 60 a los 90. Bourdieu señala perfectamente la ruptura de los 90 con la globalización económica y sus efectos con sus profundas transformaciones, dando la voz a los sujetos para que expresen sus propios sentimientos e impresiones.

Sin embargo, puede percibirse cierto matiz «nostálgico» de una época pasada tanto en los sujetos (perfectamente comprensible) como quizá también en los autores. Y esta época anterior también se caracterizaba por unas relaciones de oposición y dominación perfectamente claras, aunque quizás más visibilizadas y donde los sujetos poseían una mayor conciencia de éstas.

Si el problema es la ruptura de mecanismos de reproducción pasados donde «encajaban» las historias de vida de numerosas capas sociales, con todos los problemas que esto genera, la solución no es la mirada hacia atrás sino la búsqueda de soluciones hacia el futuro. Quizá éste es uno de los nudos «gordianos» actuales que se ha puesto de manifiesto en los recientes referéndum sobre el Tratado Constitucional Europeo.

En segundo lugar, en cuanto a la búsqueda de soluciones, es cierto que Bourdieu no se atribuye, como sociólogo, un papel político entendido como liderazgo o propuesta política sino un papel de denuncia y visibilización. No obstante, se percibe una cierta contradicción cuando dota en su modelo teórico al Estado del poder del monopolio de la violencia, no sólo política o física (Weber) sino cultural y simbólica y exponente, por lo tanto, de los mecanismos de dominación.

Y, por otra parte, la denuncia de la retirada del Estado y sus funciones equilibradoras de las zonas de riesgo social. Esta posible contradicción no acaba de ser resuelta. No obstante, en el fondo, se observa una denuncia a la desmembración del Estado de Bienestar o Estado social.

Y es en este punto donde, en nuestra opinión, habría que enlazar la descripción y el análisis de Bourdieu con los debates políticos y sociales más recientes al hilo de la globalización económica y la construcción Europea: las nuevas coyunturas de Mundialización son imparables, configuran nuevos escenarios y nuevos retos, y el hecho en sí es positivo. Dar forma y solución razonables a los nuevos cambios es el gran reto de nuestros días. Para ello, contribuciones como las de Bourdieu, con análisis de las relaciones político-sociales y la visibilización de los problemas sociales de forma científica y profunda, son imprescindibles. Junto a ello, si los mecanismos pasados quedaron rotos y la propia noción clásica del Estado-Nación está en entredicho, es cuando la dotación de contenidos políticos, sociales y culturales a las nuevas estructuras de integración supranacional, con protagonismos a nivel infranacional o local, se convierte en la tarea fundamental donde aunar esfuerzos desde las distintas disciplinas.

7. BIBLIOGRAFÍA

BONNEWITZ, P.

2002 *Pierre Bourdieu. Vie, oeuvres, concepts*, Ed. Ellipses.

BOURDIEU, P.

1999 *La miseria del mundo*. 1993, Ed. Akal, Barcelona.

1994 *El sentido práctico*. 1980, Ed. Taurus Humanidades, Madrid.

LAMO DE ESPINOSA, E.

2002 «La sociología del S. XX» (artículo) en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*.

LÓPEZ-ARANGUREN MARCOS, Luis M^a.

2002 *Las empresas de inserción en España*, CES Colección Estudios, Madrid.

PÉREZ AGOTE, A.

1999 «Globalización, crisis del Estado y anomía. La teoría social vista desde Europa» en RAMOS, R (editor) *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de teoría social contemporánea*, Ed. CIS, Madrid.

RITZER, G.

2002 *Teoría sociológica moderna*, Ed. McGraw-Hill 5ª edición, México.